

HÉCALE, FR. 113 H.

Máximo Brioso Sánchez

Universidad de Sevilla

El autor discute la ubicación del fr. 113 H. dentro del hipotético orden de los fragmentos de *Hécale*. No es probable, contra la opinión más común, que se trate de una simple indicación temporal. Y sugiere, en cambio, como más razonable su adscripción, con la mención de Venus como elemento comparativo, al pasaje en que la anciana Hécale narra la ruina de su próspera casa.

In this paper the position of fr. 113 H. within the hypothetical order of the fragments of *Hecale* is discussed. It is arguable that this fragment might be, as it is usually defended, a mere time reference. In the author's opinion it is suggested that it may belong, with the mention of Venus as a comparative term, to the passage in which the old Hecale narrates the decay of her prosperous house.

Es mucho lo que se ha adelantado en la reconstrucción del argumento y estructura de *Hécale*. Sucesivos hallazgos papiráceos e ingeniosas deducciones de diversos estudiosos nos han permitido tener hoy una visión mucho más completa que aquélla que se tenía en las primeras décadas del siglo. Todavía Wilamowitz y Kapp ignoraban, por ejemplo, un hecho estructuralmente tan importante como si el poema se iniciaba o no con un proemio y que es una cuestión que está hoy resuelta. Hay otros puntos en que, sin plena certeza todavía, también se ha progresado bastante. Por ejemplo, la misma Kapp planteó la duda de si la muerte de la

anciana Hécale ocurría antes o después del texto conservado en la *tabula Vindobonensis*¹. Pues bien, ahora contamos con cierta probabilidad de que tal suceso tenga lugar entre los frs. 69 y 70 H.², es decir, en la laguna entre las dos primeras columnas de la *tabula*, o al menos cabe aventurar que en ese punto había en el texto un cambio de situación que presupone, con una velada alusión o una referencia explícita, un hecho tan esencial en el argumento como es el de la muerte de la coprotagonista del poema. A. Barigazzi³ y Montes⁴ han subrayado justamente la verosimilitud de un cambio argumental inesperado, con este suceso negativo tras la situación previa de júbilo por la derrota del toro de Maratón. Y es lógico, desde luego, y según una celebrada “ipotesi no improbabile” de B. Gentili⁵, que la muerte de Hécale esté ya presente de modo implícito o explícito en los *exempla* paradigmáticos de las palabras de la corneja⁶. Montes (p. 196) ha llegado a sugerir por su parte que precisamente en ese espacio perdido de la *tabula* podría no hablarse aún de manera abierta de la muerte de la anciana, sino que las dos digresiones paradigmáticas de aquel discurso del ave podrían anticiparse y sólo luego desvelarse su conexión, hoy reconocida, con esa luctuosa pérdida. Tendríamos así un orden inverso a aquél con el que procede Calímaco en los dos *exempla* digresivos y también paradigmáticos del *Himno* 5, lo que puede aceptarse o no, ya que una respuesta definitiva sólo ha de proporcionarla un nuevo hallazgo textual. Pero, incluso con tantos innegables progresos y esfuerzos empeñados tanto en hipótesis como en tangibles realidades, queda todavía un número de fragmentos que se resisten incómodamente a ser situados en alguna sección o episodio del argumento, lo que resulta aun más turbador cuando se trata de restos de cierta entidad y cuyo contenido, en algunos casos relativamente claro, sería lógico que permitiese una ubicación razonable. El del fr. 113 H. (291 Pf., 20 M.) es en este sentido uno de los más llamativos.

Uno de los pocos estudiosos que ha osado encajar este fragmento en el contexto argumental ha sido Montes. Kapp y Pfeiffer, como es bien sabido, así como, tras sus huellas, C. A. Trypanis⁷, y Hollis posteriormente, se limitaron a incluirlo

¹ *Callimachi Hecalae fragmenta* (Diss. Berlin 1915) 11.

² Con las abreviaturas H., M. y naturalmente Pf. designamos los fragmentos según las numeraciones respectivas de Hollis, Montes (cf. n. 4) y Pfeiffer.

³ “Sull’Ecale di Callimaco”, *Hermes* 82 (1954) 328 ss.

⁴ J. G. Montes Cala, *Callimaco. Hécale* (Cádiz s. d. [1989]) 167. Es lamentable que esta edición, que ofrece un excelente estudio del poema, no haya tenido el eco que merece.

⁵ En su reseña de *The Oxyrhynchus Papyri* 25 en *Gnomon* 33 (1961) 342 s.

⁶ Cf. Montes, *op. cit.* 182 y 194-196, y A. S. Hollis, *Callimachus. Hecale* (Oxford 1990) 225. Sobre los problemas del pasaje cf. más recientemente A. Kerkhecker, “Theseus im Regen. Zu Kallimachos, Hekale fr. 74, 1 Hollis”, *MH* 50 (1993) 1-19. Este último artículo es intuitivo, pero no justifica por qué razón Calímaco repetiría el motivo de la escena de hospitalidad. Kerkhecker, por lo demás, desconoce la edición de Montes.

⁷ Éste, sin aportar razón alguna, encerró el segundo verso en su edición en Loeb (Cambridge [Mass.]-London 1958 [reimpr. 1978]) entre paréntesis cuadrados. Por su parte, Cahen en *Les Belles Lettres* (Paris 1953⁴), p. 92, imprime el texto sin la primera y problemática línea y, por tanto, sin su inmediato contexto.

en el cajón de sastre de los que ofrecen grandes dificultades para una clasificación temática. Y apenas merece ya la pena referirse a más antiguos editores como Naeke y Schneider, que creyeron ver en estos versos un resto de un prólogo tan polémico como el de *Aetia*, con un supuesto apoyo en Tzetzes. En nuestra reseña de la edición de Montes (*Emerita* 62 [1994] 188-190) hemos apuntado de pasada nuestro desacuerdo con su ubicación del fragmento en el pasaje inmediatamente previo al momento de la tormenta que sorprende a Teseo y quisiéramos desarrollar aquí las razones que se nos ocurren sobre esta cuestión, ya sin el problema del breve espacio impuesto a la extensión de una reseña, si bien a la vez con el deseo expreso de que estas pocas páginas sean tomadas como una mera sugerencia o modesta aportación a un necesario debate, pues somos consciente de la grave dificultad con que se enfrenta quien pretende situar un fragmento descontextualizado como éste en la actual situación del texto. Precisamente Montes en su reseña de la edición de Hollis⁸ reprochó a éste, al igual que hiciera Barigazzi⁹, su excesiva prudencia en la ordenación de los fragmentos; a él a su vez algún crítico puede reprocharle el riesgo que ha corrido en la ubicación de algunos, pero ha de reconocerse que estas tentativas son fructíferas justamente si suscitan una animada discusión que lleve a replantearse la cuestión en profundidad. Respecto a su fr. 20, todavía Montes insiste en esa citada reseña en su asignación a ese pasaje. Los frs. 113 y 136 de Hollis, según él, “tal vez formen grupo con el fr. 25 [H.] y vayan referidos a los ‘presagios’ de tormenta con que Teseo partió hacia Maratón (si mi hipótesis es razonable, deben ir antes del fr. 18 [H.])”. Por nuestra parte, no tendríamos nada que objetar a la ubicación al menos también del fr. 136 H. en el pasaje de la tormenta, como ya adelantara W. Weinberger¹⁰, o, aun mejor, en el momento previo, entre los presagios del cambio atmosférico. Pero sí tenemos reparos fundados para admitir lo mismo respecto del fr. 113 H. Es por tanto, pensamos, el momento oportuno para replantear esta cuestión espinosa.

Al episodio de la tormenta se supone por algunas buenas razones que también puede pertenecer el fr. 25 H. (21 M., 269 Pf.), y desde luego es pieza clave en él el 18 H. (23 M.). Montes, como ya se advierte por su numeración, antepone, al contrario que Hollis, el muy probable signo premonitorio del mal tiempo del chisporroteo de la lámpara al texto que incluye el franco desencadenamiento de la tempestad. Y no es imprescindible pensar, como parece creer aún Hollis, que Calímaco aluda al candil concreto de la anciana Hécale, ya que, como indicativo del amenazador cambio atmosférico, el fenómeno puede ser descrito como mera ilustración genérica. El 18 H. es un fragmento que hoy, gracias a una aportación papirácea, podemos leer con cierta amplitud, y la lógica, a falta de mayor información, confirma la propuesta de Montes frente a la posición de Hollis: un indicio de la futura lluvia, si es que es tal como parece ser, debe preceder a la descripción

⁸ *Habis* 23 (1992) 351-353.

⁹ También en una reseña: *Gnomon* 64 (1992) sobre todo 199.

¹⁰ “Zur Hekale des Kallimachos”, *Philologus* 76 (1920) 72.

de la tormenta. Pero ¿debemos darle igualmente la razón en la inclusión de su fr. 20, es decir el 113 H., en un contexto próximo e inmediatamente previo al de la tempestad?

En una primera aproximación al problema se nos ocurren ciertas observaciones. Pero, para comodidad del lector y antes de proceder a un análisis más detenido, reproduciremos el texto que, como bien se sabe, nos ha sido transmitido por Olimpiodoro, cuya alteración de la primera línea es evidente, y aun más parcialmente (sólo el tercer verso) por Tzetzes:

Ἡνίκα μὲν γὰρ φαίνεται τοῖς ἀνθρώποις ταῦτα+
αὐτοὶ μὲν φιλέουσ', αὐτοὶ δὲ τε πεφρίκασιν,
ἑσπέριον φιλέουσιν, ἀτὰρ στυγέουσιν ἑῷον.

El texto en sí plantea ya, por tanto, sus propios interrogantes. De las restauraciones del corrupto primer verso, la más simple, creemos, es la de Hecker, que cita Hollis: ἦνίκα μὲν γὰρ ταῦτὰ φαίνεται ἀνθρώποισιν¹¹. Pero, fuese cual fuese la estricta letra del original calimaqueo e incluso con la sospecha algunas veces expresada de que Olimpiodoro pudo haber resumido en unas pocas palabras un texto más amplio en ese original, su contenido es imaginable que no se apartase en lo esencial demasiado de lo que Olimpiodoro nos dice, o sea, que las diferentes apariciones de Venus son acogidas de modos distintos por los humanos. La cuestión no está, pues, en el pasaje citado en sí, sino en su desconocido contexto, o de otro modo, en virtud de qué mencionaba Calímaco a Venus y, sobre todo, esas opuestas reacciones humanas. La interpretación más elemental es que en esa parte, prosificada y alterada no sabemos hasta qué punto por Olimpiodoro, se mencionaba el lucero del crepúsculo y verosíblemente a “los hombres” en general, según podemos aventurar, y por consiguiente quizás con una función de cierto carácter gnómico, que estaría corroborada, de aceptarse la validez de su testimonio, por Tzetzes. Que en su contexto inmediato se tratase de un símil explícito, ya es una cuestión mucho más ardua. Al menos no hay nada en esas líneas que lo haga pensar, lo que no significa que el engarce “como” no estuviese antes. A Olimpiodoro este dato no tenía por qué interesarle, pero sí, de darle fe, habría posiblemente una pista negativa en Tzetzes. El testimonio de este erudito¹², sobre el que volveremos luego, no permite sospechar un carácter comparativo, lo que significa sólo que es un elemento más que habrá de tenerse en cuenta.

¹¹ Otras propuestas, como las de Naeke o Valckenaer, aunque distintas en la letra, apenas varían en cuanto al sentido. La de Q. Cataudella (“Callim. fr. 291 Pf.”, *MCr* 5/7 [1970-72] 155-163) es un tanto divergente: véase lo que decimos más adelante. Por lo que respecta a alguna conjetura como ἐπ’ Οἴτη o bien ἐπ’ Οἴτης por ταῦτα de Lyne en su comentario de la edición de *Ciris*, a la que luego haremos referencia (*ad. vv.* 351 s., p. 252), es en nuestra opinión demasiado aventurada.

¹² Que Tzetzes pudo leer *Hécate* aún completa es una suposición muy razonable: cf. Hollis, p. 297, citando a su vez a N. G. Wilson.

Que el fragmento se refiera, sin embargo, a una simple indicación cronológica, como marca del paso del tiempo, fue ya una propuesta de Pfeiffer. Montes, aunque con las naturales dudas y en parte inspirado por Pfeiffer, se decide a seguir esta misma línea de pensamiento, pero, dando un paso más, llega a proponer ese momento particular del desarrollo de la obra. Ahora bien, la verdad es que, según ese supuesto carácter temporal, el pasaje que nos ocupa, en principio, y esto no debería hacer falta decirlo, podría referirse tanto a un momento del día, el amanecer, como a su opuesto, el ocaso, ya que en ambos es observable el brillo de Venus, y, además, tanto atardeceres como albas hay más de uno en el relato, que se extiende, aunque no sean completas, a lo largo de tres jornadas. De modo que, antes de pasar a señalar algún momento concreto de las andanzas de Teseo, deberíamos cuestionarnos si es o no verosímil la presencia del fragmento en alguno o algunos otros de los momentos posibles, y, no digamos ya, preguntarnos también y en segundo lugar, de acuerdo con la otra posibilidad de interpretación, por el sentido de aquel hipotético o presumible carácter gnómico.

Pero, sea como sea y siguiendo con las opiniones ajenas, señalaremos por ahora que Montes, una vez inclinado a relacionar el fragmento con ese primer ocaso, ha tratado de resolver la aparente contradicción entre el hecho de brillar Venus al atardecer y los signos amenazadores de la tempestad asociando el fragmento, como se ha visto, a esa hora, algo anterior, en que tuvo lugar la partida de Teseo de Atenas, con un cielo que estaba aún despejado. Pasemos por alto la impropiedad, en sus palabras citadas, de la expresión “los 'presagios' de tormenta con que Teseo partió hacia Maratón”¹³, puesto que de la *diegesis* se deduce que si Teseo parte *περὶ ἑσπέραν* es por sustraerse así a la vigilancia familiar, lo que nos permite suponer que lo hace aprovechando el grado de penumbra del crepúsculo¹⁴ o, en todo caso, el momento inmediatamente previo, de modo que las sombras del atardecer encubran en poco tiempo su escapada. Lo que sí es claro es que la tormenta (y suponemos que también sus presagios) lo sorprende de modo inesperado y ya en ruta. En teoría, por tanto, al salir Teseo de la ciudad en esas condiciones, una referencia, en ese justo momento o poco después, al lucero vespertino sería perfectamente coherente y comprensible¹⁵, si bien, como veremos, tal suposición se enfrenta a algunas dificultades.

¹³ Cf. también su edición, p. 98

¹⁴ Cf. la hora tardía que representa *ἑσπέρα*, por ejemplo, en Pl. *Pri.* 310 c 2.

¹⁵ Es curioso que apenas haya llamado la atención por lo que sabemos la aparente incongruencia entre *περὶ ἑσπέραν* de la *diegesis* y *ἑνδιος* en el fr. 18.1 H. Todo permite sospechar, sin embargo, que este segundo término no tiene aquí su sentido más usual (equivalente a *μεσημβρινός*), sino uno más raro, vago y próximo al concepto de “luminoso” o semejante (cf. *ἐνδιάω*), en relación con su etimología sin duda, lo que, con el apoyo contextual de *ἔτι*, vendría a corresponder aquí al *περὶ ἑσπέραν* de la *diegesis*, es decir, “cuando aún había luz”. El error interpretativo ha surgido sin duda de las taxativas equivalencias de los léxicos (*Suda*, Hesiquio) y, por consiguiente, de la indiscutida opinión de que era como decir *μέσον ἡμαρ* o *μεσημβρία* (cf., por ejemplo, del propio Calímaco los frs. 74.14 H. [260.55 Pf., 73.14 M.], así como A. R. 4.1312). En nuestro texto cabe la duda de si ha de entenderse ligado a *χθών*, es decir “mientras la tierra aún conservaba claridad y calor...” (cf. Cal. fr. 46 H.), lo

Pero, aunque el plantearla ahora no sea imprescindible para nuestro tema y en parte, a la vista de lo dicho, esté ya respondida, una cuestión previa es cuándo se produce la tormenta. Las palabras de la *diegesis* fragmentaria del *P. Oxy.* 2258 (νυκτὸς ἐπιλαμβανούσης) han llevado a pensar a Barigazzi¹⁶ que la tormenta sorprende a Teseo ya comenzada la noche. Pero el orden de los restos del papiro es claramente el de la siguiente secuencia: lluvia (ἕ]τοῦ κα[τ]αρραγέντος) y noche (si el suplemento νυκτὸς de Lobel es acertado), y no se puede sacar tal conclusión. En cuanto a la *diegesis* del *P. Med.* 18, no añade precisión alguna, pero su orden supone, primero, el dato περὶ ἑσπέραν para el momento de la partida, según hemos recordado, y, luego, simplemente la mención de la repentina lluvia. Contra la tesis de Barigazzi parece estar en todo caso el texto del fr. 18 H., donde vemos que Calímaco establece un fuerte contraste entre la tarde (o, tal vez mejor, la tierra) aún luminosa y cálida y la imprevista tormenta, sin mención todavía (en lo que nos es dado leer) de la llegada de la noche. La tormenta debe producirse algo después de la caída del sol¹⁷, una hora marcada por el cese de las labores humanas, antes de que se cierre totalmente la noche, ya que de lo contrario el contraste establecido en el fr. 18 H. no tendría sentido alguno.

Si Teseo, pues, se refugia en la cabaña de Hécale no es porque se avecine el ocaso ni menos la noche, sino porque se precipita inesperadamente una recia tormenta como obstáculo en su ruta. Su salida subrepticia de Atenas ha sido sin duda, como hemos sugerido, motivada y facilitada por la proximidad de la caída de la noche y sin temor a una hipotética tormenta. Siguiendo, por tanto, este razonamiento y con retorno a lo dicho con anterioridad, en el momento previo a la tormenta no sería improbable la mención del lucero vespertino, como otra nota expresiva de esa diafanidad del cielo¹⁸.

que sin embargo parece lo más natural. La traducción, por tanto, de Montes como “mediodía” sería tan inaceptable como la que nosotros dimos en nuestra versión de la Biblioteca Clásica Gredos (Madrid 1980), “el día aún mediado”, o la de Trypanis, el propio Hollis o E. Livrea (“The Tempest in Callimachus’ *Hecale*”, *CQ* 42 [1992] 147), “midday”. De paso haremos notar que, si bien Calímaco parece haberse inspirado para modelar su expresión en pasajes como *Il.* 17.371 s. y *Od.* 6.44 s., ha evitado no obstante con cuidado toda mención de un giro como αὐγὴ ἡελίου de sus modelos, insistiendo en cambio en el hecho de que el cielo se presentaba totalmente despejado: ὑάλιοι φαάντερος οὐρανός. Diremos también que ya los escoliastas de *Od.* 4.450 parecen un tanto confusos ante el sentido de ἔνδιος en ese texto, cuando a la normal equivalencia μεσημβρινός añaden τότε γὰρ ἄρχεται... ἐνδεῖν ἢ ἔλη, ὃ ἔστιν ἢ ἀκτὶς ἡλίου. Y Merkel (cf. n. *ad loc.* en la edición de G. W. Mooney) hizo ya notar que en A. R. 1.603 ἔς ἔνδιον debe significar *ad vesperam usque*, con apoyo en el contexto, en la derivación del *Et. Magn.* (261.20 y 339.1) παρὰ τὸ ἐνδεῖν καὶ ἐλαττοῦσθαι τὴν ἡμέραν y en Plu. 2.726 E: cf. al respecto L.S.J. s. v. ἔνδιος II 2.

¹⁶ Artículo ya citado de *Hermes* 82 (1954) 313, n. 1.

¹⁷ Cf. Montes en su edición, p. 96.

¹⁸ Desde luego no nos ayuda mucho en esta línea de indagación una sugerencia de Livrea (en su ya mencionado artículo de *CQ* 42 [1992] 147-151), que cree ver en el fr. 3.177-92 de Pamprepio -según la numeración de su edición: *Pamprepii Panopolitani Carmina* (*P. Gr. Vindob.* 29788 A-C), Leipzig 1979- un eco, aunque remoto, del pasaje calimaqueo de la tormenta, pero donde tampoco hay mención alguna del astro del crepúsculo. Conviene insistir, sin embargo, en que en el pasaje de Pamprepio el contraste se establece justamente entre el mismo momento de la tarde que en Calímaco y la

Pero, volvemos a preguntarnos, ¿en las tres jornadas del relato existen otros momentos en que, por alguna razón, podamos ubicar igualmente este fragmento? Pasemos ahora a analizar esta cuestión.

Hollis ha dedicado en su edición un apéndice (IV, pp. 355-7) al tema de la hipotética cronología del relato calimaqueo. La narración abarcaba, según la deducción más elemental, parte de una primera jornada, hasta el momento de la tormenta y la noche del hospedaje; una segunda, en que se contaría la lucha con el toro y que verosímilmente terminaba con la noche en la que tiene lugar el discurso de la corneja; a su vez, con el amanecer del día siguiente, del que nos informa el fr. 260 Pf. (74 H.), se iniciaría la tercera jornada, en la que Teseo conocería la muerte de Hécale y deja instituidos en su memoria los piadosos honores de que nos informa la *diegesis*. En principio, pues, el fragmento, si es un mero indicio del paso del tiempo, podría corresponder a cualquiera de estos cuatro amaneceres u ocasos.

De entre los otros momentos de esas jornadas hipotéticamente aludidos, Barrett¹⁹ ha pensado en el alba en que Teseo parte para la lucha con el toro, es decir el de la segunda jornada. No sabemos nada de las razones de esta sugerencia ni se nos alcanza ningún argumento, excepto, paradójicamente, el de la profunda oscuridad que envuelve para nosotros ese momento del poema. Así que, mientras no tengamos nueva información al respecto, es preferible, creemos, abstenernos de seguir esa vía, a la que sólo tendría sentido que llegásemos por exclusión razonada de las demás.

En teoría también puede corresponder nuestro fragmento al segundo atardecer, el del día del triunfo de Teseo y la muerte de Hécale y previo a la que cabe llamar la “noche de las aves”, pero que son igualmente para nosotros unas horas muy oscuras, o incluso puede referirse, dada la versatilidad de sus palabras, al alba del segundo día, es decir, al tiempo en que Teseo parte para su enfrentamiento con el toro. ¿Y debemos descartar sin más la ocasión del segundo amanecer, ocupada por el fr. 74 H. (73 M.) y en la que una referencia a las diversas actitudes humanas (sobre esto véase más adelante) no sería demasiado inesperada? Por consiguiente y en una primera aproximación, todos estos momentos pueden ser tenidos en cuenta y el que puedan serlo en mayor o menor grado está en estrecha dependencia en realidad de la información que sobre ellos tengamos.

irrupción de la tempestad. La diferencia está desde luego en que en Pamprepio el primer elemento contrastante incluye la presencia de Faetón (cf. no obstante v. 179: λιπογεγγέος...ἀπίνης), es decir el sol, que en cambio Calímaco, como se ha señalado ya, parece haber evitado. Es más, si tiene razón Livrea (p. 150 de su artículo), al entender, contra Hollis (*ad* 18.8 ss.), que en 18.10 διπλόων se refiere a una doble oscuridad, “that of the beginning night and that of the impending rainstorm”, el sentido de ἐσπέρα en la *diegesis* y por añadidura el de ἐνδιος en Calímaco se iluminan recíprocamente aun más. Pero este punto no es por ahora aclarable.

¹⁹ Citado por Hollis en su edición, p. 297, suponemos que por comunicación oral: léase la sección de agradecimientos en su prefacio, p. VIII.

Dada esta situación tan insatisfactoria, conviene ahora volver a la pura letra del fragmento, que suele olvidarse con frecuencia. El texto cita no una actitud ante el astro de la mañana o de la tarde, sino dos, y éstas totalmente opuestas. Y esto es evidente que ha de ser tenido en cuenta prioritariamente. Así, y volviendo a esos momentos, que en pura hipótesis son todos aceptables, hay alguno contra el que quizás sí puedan esgrimirse ciertos elementos de juicio que emanan de la simple lectura del fragmento. Es el caso precisamente del señalado por Montes. ¿Qué razón tendría el poeta para aludir al júbilo de los hombres ante la aparición del lucero en esa hora, y, aun más, para señalar, por el contrario, de paso su aversión a su opuesta presencia al alba? Al menos nosotros no podemos adivinarla. Tampoco, a la inversa, en el caso de la mañana siguiente. Sólo, en cambio, los otros dos momentos podrían tener un argumento a su favor. Respecto a la tarde de la segunda jornada, más concretamente en el atardecer previo al episodio de las aves, situable dentro de la misteriosa laguna entre las dos primeras columnas de la *tabula*, no es descabellado pensar que Calímaco subrayase así esta hora de júbilo, tras la captura del toro, si bien la referencia opuesta, del pesar por la aparición del lucero matutino, sólo podría explicarse como anticipo de la muerte de Hécale, lo que nos lleva al, ligero y opinable, reparo de que tal anticipación puede parecer excesiva, según nuestro conocimiento actual del poema.

En cuanto al segundo amanecer (de la jornada tercera y última), creemos que la expresión “odiar al lucero matutino” encajaría de un modo relativamente o quizás incluso bastante adecuado en él. Ya R. Merkelbach²⁰ intuyó de pasada que nuestro fragmento pudo estar de algún modo relacionado con el final del ahora fr. 74 H., y más concretamente con el término φιλήται, con el que pudo jugar Calímaco (φιλήται / φιλέουσιν). Es cierto que difícilmente podemos aceptar esto, sobre todo porque el fr. 113 H. habría de leerse, de pertenecer a este lugar, bastante después del verso donde se lee φιλήται, con lo que el juego (no hablamos de la discutible calidad del propio supuesto juego) quedaría reducido a un pobre y distante eco²¹. Pero el contexto y, especialmente, la expectativa, ahora sí mejor, de la noticia de la muerte de Hécale, llegada pronto, según suponemos, a los oídos de Teseo, son razones de cierto peso para concederle alguna verosimilitud a esta hipótesis. Ahora sería esa inminente noticia de la muerte de Hécale la que permitiría al poeta subrayar el disgusto de los hombres, en ciertas situaciones, ante la aparición de Venus, en tanto que la alegría de la víspera sería un excelente motivo a su vez para que ahora se hiciera alguna referencia comparativa, explícita o mejor implícita, a la previa y alegre contemplación del lucero vespertino. Este es, por consiguiente, el momento de cambio temporal que, según nuestro actuales

²⁰ “BOYKOΛΙΑΣΤΑΙ (Der Wettgesang der Hirten)”, *RhM* 99 (1956) 125, n. 68.

²¹ El término *fures* en Catulo 62.34 es un dato atractivo, pero no podemos deducir lícitamente nada de él y el mismo Merkelbach (*loc. cit.*) concluyó que el modelo de Catulo en ese juego de palabras no sería Calímaco sino Safo. Claro es que Merkelbach no tenía aún por qué tener en cuenta una referencia a la boda de Hécale.

conocimientos del desarrollo del argumento y con ayuda de la pura lógica, se nos antoja el más idóneo para situar el fragmento, sobre todo habida cuenta de que así se justificaría a la vez su, tan defendido, valor temporal y su muy posible (pero a la vez con frecuencia también olvidado) carácter gnómico²².

Pero todavía, por tratar de no dejar cerradas sin más algunas restantes posibilidades de esta línea de investigación, podemos referirnos a algunos otros momentos del poema en que creemos que tampoco sería del todo disparatada la ubicación del fragmento. Estos son el del pasaje en que Hécale se refiere muy probablemente a su propia boda, y aquel otro (que examinaremos más adelante) en que la anciana narraba a continuación la ruina de su próspera casa. Y la razón es que en ambos podría haber lugar, también en principio, para la expresión de un contraste de sentimientos como el indicado por Calímaco.

Hoy desde luego no cabría poner ya el reparo que alegó Schneider en su momento ("nequeo perspicere quo pacto eiusmodi sententia inseri Hecale carmini nequaquam amatorio potuerit"), puesto que en el argumento está bastante asegurado el dato de una relación matrimonial en la autobiografía de la protagonista²³. Y el que el pasaje formase parte del episodio de la boda de Hécale, dentro de su relato autobiográfico, en principio no debería sonar a muy disparatado hoy, cuando tenemos fundadas razones para creer en la existencia de tal evento, con especial apoyo en el fr. 42 H. y, tal vez, con la no muy segura ayuda de un siempre aducido pasaje de la *Ciris* seudovirgiliana.

En los muy debatidos vv. 349-352 de *Ciris* estamos en el momento del alba y se alude al doble sentimiento de las *puellae* ante el astro del crepúsculo²⁴:

Postera lux ubi laeta diem mortalibus alnum
et gelida uenientem ignem quatiebat ab Oeta,
quem pauidae alternis fugitant optantque puellae
(Hesperium uitant, optant ardescere Eoum)...

No han faltado quienes hayan, por supuesto, creído encontrar en este texto latino un eco del calimaqueo. Lo cierto es que, a pesar de las francas diferencias (sobre todo el hecho de que en *Ciris* se concreta un doble sentimiento de las *pue-*

²² Si bien en una dirección muy diferente de la propuesta por Merkelbach, también Kapp hizo en su momento una sugerencia, atendida sólo por unos pocos críticos, muy interesante. Kapp entendió que en *Hécale* la referencia podía ser a la humanidad fatigada de los cotidianos trabajos ("neque quidquam obstat, quin homines quietis egentes intellegantur"). También en este sentido, en *Hécale* el pasaje tal vez más adecuado sería el de la indefinida laguna que sigue al fr. 74 H. (73 M.): el alba trae nuevos trabajos y en esta circunstancia concreta, además, le traerá a Teseo la mala noticia de la muerte de la hospitalaria anciana. Las palabras ἐγείρει, τετριγώς y ἀνιάζουσι formarían apropiadamente parte de ese contexto. A esta propuesta se le ha objetado concretamente la falta de una tradición literaria del motivo (cf. Cataudella, *art. cit.*, 157), lo cual no sería en sí un grave obstáculo, sin embargo.

²³ Cf. Barigazzi tanto en su mencionada reseña, como en su artículo de publicación lamentablemente póstuma "Due problemi nell' *Ecale* di Callimaco", *Aevum(ant)* 5 (1992) 55-65.

²⁴ Se cita según la edición de R. O. A. M. Lyne, *Ciris. A Poem Attributed to Vergil* (Cambridge 1978).

llae), hay un color común bastante detectable en ambos lugares y no es nada improbable que el autor anónimo conociese y prestase atención al original calimaqueo, siendo no escasos además los apoyos que para esta sospecha hay en otros influjos que del poeta de Cirene se pueden rastrear en *Ciris*. El contexto en este último poema es erótico, más incluso que propiamente nupcial, pero parece claro que, si traspasamos ese contexto erótico o nupcial a *Hécale*, en la búsqueda de un marco semejante, tropezamos con el grave inconveniente de que, como se ha insistido, αὐτοί debe representar a los hombres en general, cuyos sentimientos dependen de las circunstancias, y no novios o novias de modo muy concreto. No hay en el fragmento de *Hécale* nada que nos obligue, por consiguiente, a pensar en un motivo típico de himeneo, y a su vez el supuesto apoyo de Catulo 62.20, donde sí se da la contraposición esperada en este género y que puede remontarse a un modelo sáfico, nos aleja aun más de esa sospecha. El resultado, según nuestro modo de ver, es que, si bien no cuesta aceptar que el autor de *Ciris* se haya inspirado en este texto de *Hécale*, en el proceso de la imitación se ha producido algún cambio sustancial.

Fue Bentley quien sugirió un contexto nupcial en *Hécale*, entendiendo que αὐτοί se referiría precisamente a los recién desposados ("fort. recte", según Pfeiffer). Cataudella²⁵ ha recogido esta sugerencia de Bentley, con insistencia en la idea de que tal pronombre se referiría a los recién casados que ven con gozo levantarse el lucero vespertino (las muchachas, en cambio, según el motivo epitalámico tradicional, lo temen) y, por el contrario, detestan su aparición matutina. Calímaco habría expresado, pues, el hecho "dal punto di vista dei maschi" (p. 163). Pero el mismo Cataudella ha intuido, al parecer, la dificultad de que tal interpretación encaje en el momento de la boda de *Hécale*, ya que silencia esta posible relación. La boda de *Hécale*, narrada por la propia anciana, estaría contemplada lógicamente en el recuerdo desde la perspectiva de una mujer. Estaríamos en otro momento del relato, un "tempo vespertino" de no sabemos qué día ni con qué motivo citado.

Ahora bien, hasta este punto hemos seguido una indagación en que se ha excluido cualquier solución que no sea esencialmente temporal, o en que al menos el punto de partida esté en la constatación de un momento particular del día, aun admitiendo en todo caso alguna posible contaminación con el aludido y polémico carácter gnómico. Pero esta vía tiene, sin embargo y como hemos visto, una grave dificultad en la misma letra del fragmento, que nos ha hecho excluir sin más diversos momentos hipotéticamente posibles.

En el caso del motivo nupcial también reaparece el mismo obstáculo y no nos puede resultar convincente una vaga referencia, como se lee en el citado Lyne (p. 252), a que Calímaco estaría "digressionally expanding a temporal clause", como hace el anónimo latino. El problema sigue siendo αὐτοί y no es suficiente repetir

²⁵ Artículo ya citado de *MCr* 5/7 (1970-72) 155-163.

sin más argumentos, como Lyne (*ibid.*), que “these were surely either bridegrooms, as Bentley said, or the equivalent of Catullus' *iuvenes* in poem LXII”.

Retornando, pues, de nuevo a la ambigüedad del fr. 113 H., esa misma ambigüedad, insistimos, hace difícil que sin más haya podido pertenecer a un contexto tal en el que simplemente se señale un momento del día concreto, ya que, por lo pronto, apunta a dos opuestos y, por añadidura, no responde en absoluto al tipo normal y esperado en la épica de pasaje indicador del cambio de tiempo. Por lo que tampoco se entiende bien la afirmación de Hollis (p. 298) de que “although it seems most natural to interpret the fragment as a simple indication of time...”, cuando no debería ser ésa la interpretación que como más fácil e inmediata nos tendría que sugerir el fragmento. En toda la épica narrativa griega, que sepamos, no hay ningún otro caso parecido. Los pasajes recogidos en dos artículos sucesivos de A. W. James²⁶ muestran claramente la anomalía que representaría en ese orden de cosas este texto calimaqueo. Y los otros dos lugares de *Hécale* que se refieren al crepúsculo (frs. 18.1 s. y 74.22-28 H., es decir 238.15 s. y 260.63-9 Pf.)²⁷ se acomodan a los usos más o menos convencionales. Dentro de ese esquema tradicional lo más remotamente parecido es el tipo de expresiones acompañantes como las homéricas ἀέκουσι / ἀσπαστὸν ἔδν φάος, que revelan el gusto o disgusto de quienes asisten a ese momento del día y que naturalmente han dejado sus claras huellas en la épica posterior. La explicación más razonable es, por tanto, que este fragmento no es verosímil que se refiera a ninguno de esos dos momentos del día, sino que responda presumiblemente a algún otro tipo de contexto en que Venus sea un puro elemento comparativo, tal vez con carácter no explícito como símil, y, consiguientemente, secundario o digresivo. O bien que Calímaco con la originalidad que le caracteriza haya procedido a contaminar el tópico del crepúsculo con una nota añadida, pero que debería en este caso tener una explicación contextual. Es ésta una posibilidad que no hemos desechado por principio, como el lector ha podido comprobar, y que conviene que sea indagada también. Con lo que, con la reserva siempre presente de que el riesgo es mucho por hallarnos en una obra tan fragmentaria, estamos, no obstante, en la situación apropiada para referirnos a los contextos en que Tetztes alude a estas palabras de Calímaco.

Mientras que el contexto de Olimpiodoro es para nosotros de una incómoda neutralidad, en cambio la cita parcial por Tzetzes apunta un dato que, seguramente porque ha parecido extemporáneo en *Hécale*, ha sido objeto, por la casi generalidad de los estudiosos, de un desdén que nos parece lamentable²⁸. Tal desdén

²⁶ “Night and Day in Epic Narrative from Homer to Quintus of Smyrna”, *MPhL* 3 (1978) 153-188, y “Night and Day in the Epic Narrative of Nonnus and Others”, *ibid.* 4 (1981) 115-142.

²⁷ James no cita el fr. 113 H., sin que sepamos si justifica esta ausencia por entender que el pasaje no se refiere al crepúsculo propiamente dicho y en el sentido tópico de marca temporal.

²⁸ Otra cita muchas veces aducida, la de Gregorio de Nacianzo II 2.3.205 (*PG* 37, 1495) no creemos que sea pertinente y es fácil que ni siquiera esté inspirada por el pasaje calimaqueo, a pesar de la defensa de esta conexión por parte de Cataudella (*art. cit.* 162 s. sobre todo). Por lo que se refiere a

hacia el testimonio de Tzetzes entre los críticos modernos no tiene sin embargo una clara justificación, cuando es justamente el único (salvo el quizás más dudoso aun de *Ciris*) apoyo contextual de que disponemos. Hollis es uno de los pocos estudiosos que han dedicado unas líneas a sus referencias.

Ni hay razón de peso, como correctamente opina todavía Hollis (p. 297), para creer que Tzetzes conoció sólo aisladamente el tercer verso del fragmento, y por tanto descontextualizado, ni tenemos tampoco un motivo grave para dudar de que realmente el sabio bizantino se inspirase en el propio contexto calimaqueo. Si Tzetzes no nos extravía, e insistimos en que no tenemos especiales razones para creerlo, estos versos encajarían mejor en un contexto o bien de lamentación por la inconstancia de la amistad, por ejemplo ante un cambio de *status* social, o en todo caso en otro (si suponemos que Tzetzes pudo concretar personalmente una intención más amplia del original)²⁹ que permitiese expresar las diferentes actitudes humanas ante algún acontecimiento, para lo que habría servido de elemento comparativo una posible doble actitud ante el hecho de la aparición de Venus en momentos opuestos del día³⁰. Del segundo caso, como referencia a un hecho más general y, para nosotros, más huidizo, no podríamos decir nada, pero, respecto del primero, el único lugar que se nos ocurre, por ser del que tenemos por ahora alguna noticia en el texto calimaqueo que reúna esas condiciones sería aquel que se refiere a la ruina de la casa opulenta de Hécale y sus demás desdichas familiares³¹. ¿Por qué entonces no contar, en ese primer caso, con la posibilidad de situarlo precisamente dentro del relato autobiográfico de la anciana? Sea como sea, la atención, que creemos obligada, al texto de Tzetzes nos permite ver el problema desde una perspectiva muy diferente y también con resultados más convincentes, aunque en modo alguno definitivos, desde el momento en que aceptemos que el fragmento apunta a la interpretación de que Venus en su doble aparición diaria no sea, primaria o, tal vez, secundariamente, sino un elemento de referen-

Tzetzes, las palabras de Kapp en el comentario de su fr. 103, es decir, el que nos ocupa ("neglegi potest, quod Io. Tzetzes versum tertium de amico inconstanti bis -*Chil.* VIII 837, *Epist.* XLVIII- accipit, cum seiunctum eum legisse videatur"), parecen haber sido tomadas durante mucho tiempo como una condena inapelable.

²⁹ Un dato al que se ha prestado escasa atención y que se puede juzgar como un obstáculo es el singular (περί τινος οὐ σῶζοντος στάσιν ἐν τῇ φιλίᾳ) que se lee en Tzetzes y que parece entrar en contradicción con el plural calimaqueo αὐτοί. Ahora bien, cabe perfectamente que en *Hécale* se aludiese a un individuo concreto, por ejemplo desleal hacia la anciana en desgracia, siguiéndose luego una máxima general, en la línea sugerida por Naecke (citado por Hollis, p. 298), sobre la volubilidad o inconstancia humana.

³⁰ O quizás, con una tercera posibilidad todavía, la expresión analógica del cambio de fortuna asimilado al azaroso paso del tiempo: cf. el fragmento de la *anus pauperata* (*epica adespota* 4 Powell), vv. 9 s. Desde siempre se ha visto una muy verosímil relación entre *Hecale* y este texto anónimo.

³¹ También el fr. 115 H. (298 Pf., 48 M.) expresa con elementos contrapuestos y tono sentencioso algo semejante. Hollis (*ad loc.*) cree, con reservas, que podría corresponder al contexto siguiente a la muerte de Hécale. No obstante, también es razonable que pertenezca al del relato de sus desdichas puesto en boca de la anciana.

cia, con un fin esencialmente gnómico, y no un simple dato temporal. El indudable eco calimaqueo de *Il.* 24.774 s. encontraría así una adecuada justificación contextual, un lugar en que, recordemos, Hélena se lamenta de que con la muerte de Héctor ella ha perdido el amparo del héroe, lo que le supone una nueva y más desdichada situación en Troya:

Ὅν γάρ τις μοι ἔτ' ἄλλος ἐνὶ Τροίῃ εὐρείῃ
ἦπιος οὐδὲ φίλος, πάντες δέ με πεφρίκασιν.

El cambio de fortuna de Hécale podría haber provocado una nueva y negativa actitud de familiares o amigos, de modo que el poeta tendría ocasión para comparar tal cambio de conducta con los diferentes sentimientos que en ciertas y distintas circunstancias provoca la aparición de un astro como Venus. Según creemos, sólo la posible imitación en la *Ciris* pseudo-*virgiliana* nos parece que podría ser alegada como argumento de cierta entidad frente a esta solución, y esto siempre que aceptemos que se inspiró en *Hécale*, lo que está lejos de ser incontrovertible, y por supuesto si nos empeñásemos en sostener que el anónimo no modificó sustancialmente lo dicho por su modelo, lo cual hemos visto que no es cierto. El autor del *epilio* latino pudo muy bien contaminar el motivo calimaqueo que hemos supuesto extratemporal con la tradicional referencia al tópico temporal, por lo que este testimonio ha de ser tomado con las debidas precauciones.

En suma, la interpretación del fr. 113 H., que expresa una paradoja sobre el contraste entre la realidad, que es la identidad del astro, y la diversidad de las actitudes humanas, con un carácter simplemente temporal encuentra, en nuestra opinión, graves inconvenientes. El sentido del fragmento y su utilización por Tzetzes sugieren más bien que la mención de Venus no es sino una referencia secundaria, de carácter implícitamente comparativo. Un cierto apoyo, discutible si se quiere, en un pasaje homérico corroboraría un empleo en un contexto como el de la ruina de la próspera casa de Hécale. Podría sugerirse por tanto, en esa línea de pensamiento, y siempre dentro del terreno de las soluciones hipotéticas, una vecindad con el fr. 53 H. (275 Pf.), así como, más dudosamente, con el fr. 115 H. (298 Pf., 48 M.). El pasaje en que podría ubicarse nuestro texto cabe sospechar que formase parte del final del relato de la anciana, previo al momento en que ambos personajes, Hécale y Teseo, después de su coloquio se entregan al descanso en la cabaña³².

³² Cf. fr. 63 H. (256 Pf., 55 M.).